

XVII

Napoleón retorna á Milán el 19 de Septiembre de 1796.—Su profundo odio á los abastecedores.

A su vuelta á Milán, después de las batallas de Bassano y de Saint-Georges, Napoleón comenzó lo que llamaba la guerra á los ladrones. Estos caballeros de industria tan abundantes en París, entonces protegidos por Barras, de los cuales había reclutado un buen número, habíanse dirigido á Italia deslumbrados por las riquezas de este bello país. Llegaban con facilidad á introducirse en las administraciones del ejército. Los comisarios del gobierno, Garrau y Salicetti, disponían de las contribuciones impuestas al país conquistado y, en consecuencia, del empleo de las tropas en cierto modo. Encargábanse de los abastecedores y empresarios, sea de viveres, sea de acarreos y dependía de ellos el sueldo del ejército. En fin, estos comisarios habían usurpado, casi por entero, las funciones ordinariamente desempeñadas en los ejércitos por el comisario ordenador en jefe ó intendente general.

Mientras que la simplicidad, la rudeza republicana y una noble pobreza reinaba en los ejércitos de Sambre-et-Meuse y del Rhin, un cierto lujo y el amor á los placeres se habían apoderado de los oficiales y hasta de los soldados del ejército de Italia. En esta época, estos ejércitos hubieran sido muy bien representados, en cuanto á su apariencia exterior por el sublime Desaix los unos, quien, amenudo, no tenía

uniforme y se lo dejaba robar todo, hasta su equipaje; y por el general Augereau el otro que aparecía siempre con las manos y el pecho cubiertos de diamantes.

Los soldados de Italia, bien vestidos, bien alimentados y bien acogidos por las bellas italianas, vivían en la abundancia. Los oficiales, los generales, todos participaban de la opulencia general; había algunos que comenzaban su fortuna.

En cuanto á los abastecedores ó empresarios, desplegaban un fausto que admiraba en extremo, tanto más si se tiene en cuenta que desde muchos años nadie había visto cosa semejante. Lo que ofendía más á los oficiales, era que con el precio de sus especulaciones cautivaban aquéllos las buenas gracias de las admirables cantantes.

En aquella época, Bonaparte, excitado por las murmuraciones del ejército, que le eran referidas (jamás general alguno fué mejor instruído de todo) se dedicó á examinar los mercados y las contratas firmadas por la República con los abastecedores.

En los comienzos de la campaña de Italia, el Directorio estaba completamente falto de crédito, las cajas estaban vacías, y la miseria del gobierno había llegado á tal extremo que sería necesario un largo capítulo para ser aceptados por el lector los detalles singulares que le serían expuestos. Por ejemplo, el día de su instalación, el Directorio se había visto obligado á pedir prestado al conserje de Luxemburgo una mesa, un escritorio y un cuadernillo de papel para cartas. Sucediéronse varios casos por el estilo.

En Enero de 1796, la República había tenido la fortuna de encontrar osados especuladores que quisieran abastecer, á cualquiera que fuese el precio.

La extrema incertidumbre de pago debía ser admitida en compensación á los beneficios enormes que podían hacerse en el caso de ser pagados. Hé

aquí lo que Napoleón, en su odio instintivo contra los abastecedores (1), no quiso jamás comprender. Reaparecido el crédito después de las victorias del ejército de Italia, el precio que se pagaba á aquéllos parecía excesivo; oficiales y soldados estaban escandalizados de sus enormes beneficios. Nadie pensaba en la incertidumbre de los pagos en el momento de firmar las contratas. Bonaparte se indignó de tales lucros y este sentimiento desarrollóse en él excesivamente. Puede decirse que fué en él uno de los más importantes, como el odio por Voltaire, el miedo á los jacobinos y el amor por el arrabal Saint-Germain.

Obsérvase por sus cartas al Directorio, que no quiso jamás comprender que un proveedor, expuesto á las chanzas de todos y muy amenudo á los robos del gobierno (2) no trabajaba por la gloria. Acusa á éstos de abandonar al ejército en los días de peligro. Recomienda al Directorio que se elijan hombres de una energía y probidad manifiestas, sin pensar que tales hombres van á meterse en un avispero. En su cólera el general en jefe llegó hasta á proponer la institución de un sindicato que, juzgando como un jurado, pudiese, bajo su simple convicción, castigar los delitos que materialmente no son probables. A contar de esta época, Napoleón muestra su odio implacable á todo el que se ocupa en el ejército de dar pan á los soldados. Más adelante veremos este sentimiento poco

(1) Precisa recurrir á la actividad del interés particular, allí donde el gobierno no puede enviar sus agentes para el honor, pues, los empresarios, abastecedores etc., etc., mofados por todos en el ejército y no admitidos en aquellos tiempos ni tan sólo en desafío no podían por tanto ir allí para adquirir honor. He aquí una reflexión que en la retirada de Moscou, oí que hacía el príncipe mayor-general. El odio de Napoleón á los abastecedores prevenía de su cobardía en los combates; en su amor apasionado por Francia, se sentía profundamente herido de ver producir á ésta tan cobardes criaturas; cuando la retirada que precedió á la batalla de Castiglione uno de estos hombres se fugó, hizo cincuenta leguas de camino y murió de miedo al llegar á Génova.

(2) Los comerciantes de paño de Lodève, hacia 1808.

reflexivo ser causa de las más grandes desgracias (1). La siguiente carta expondrá mejor todo lo que podría decirse de la manera de proceder del general en jefe respecto á los abastecedores. Las cosas llegaron á tal punto, que los razonables burgueses que, bajo el nombre de Directores, gobernaban la República, creyeron, vistas las razones de sus protegidos y parientes, que habían hecho emplear en el ejército de Italia, que el general en jefe quería apoderarse de las provisiones para hacer fortuna. Este crimen era uno por los cuales sentía Napoleón mayor horror; en su espíritu puede decirse que ocupaba el segundo lugar, inmediatamente después del crimen de Pichegru que hizo derrotar á sus soldados expresamente. El general Bonaparte había encontrado afortunadamente un comisario de guerra que á más del talento, tan raro, de abastecer á un gran ejército, era de una honradez republicana intachable: M. Boinod. Hubiera podido darle la plaza de ordenador en jefe y reclamar al Directorio la confirmación de este grado; pero Napoleón vióse obligado por consideraciones de más alto interés á lisonjear á los bribones y á Barras que les protegía.

(1) A este odio ciego pueden atribuirse en gran parte, los desastres de la retirada de Moscou. El mariscal Davoust (gran hombre, al cual no se ha hecho todavía justicia) había organizado perfectamente su cuerpo de ejército; fué por ello vituperado. He aquí una de las grandes faltas de Napoleón.

XVIII

Intérvalo de Arcole á Rívoli (del 11 de Noviembre de 1796 al 14 de Enero de 1797).—Situación política de Francia; actitud de los diferentes partidos; impotencia del Directorio.—Terror observado en Viena por la derrota de Arcole; grandes refuerzos de Austria para atenuar los resultados.—Créese envenenado á Napoleón; apesar de los sufrimientos aumenta su actitud; origen de su enfermedad.

Hé aquí la situación en Diciembre de 1796. El interior de la República estaba bastante calmado; los partidos tenían fijas sus miradas en el teatro de la guerra, sobre Kehl y sobre el Adige. La consideración y la fuerza del gobierno aumentaba ó disminuía, según las noticias que se recibían de los ejércitos. La última victoria, la de Arcole, había impresionado la imaginación de los franceses, por lo novelesco de su relato, la increíble firmeza de ánimo del general Bonaparte y el peligro extremo que había corrido cuando cayó en los pantanos cerca del puente de Arcole.

No obstante, tales muestras de genio y de bravura no habían asegurado la posesión de Italia: sabíase que Alvinzi se reforzaba y el papa se procuraba armamentos. Los malévolos decían que el ejército de Italia estaba agotado; que su general, extenuado por los trabajos de una campaña sin ejemplo, y consumido por una extraordinaria enfermedad, ni tan solo podía tenerse á caballo. Mantua no se había tomado y podían concebirse serias inquietudes para el mes de Enero.

La libertad de la prensa reinaba entonces en Fran-

cia, lo que quiere decir que se era libre, tanto como la inexperiencia general permitía serlo. Los periódicos de los dos partidos clamaban arrebatadamente. La Revolución no contaba todavía más que ocho años de existencia; los hombres de treinta años habían sido formados por la monarquía incierta y enciclopédica de Luís XVI, y los de cincuenta por la monarquía corrompida de madama Dúbarry y de Richelieu.

Los periódicos de la contra-revolución, viendo aproximarse la primavera, época de las elecciones, procuraban remover la opinión y disponerla en su favor. Los realistas, después de sus desastres en la Vendée, habían resuelto valerse de la misma libertad para destruir ésta; querían vencer en las elecciones.

El Directorio veía su proyecto y túvole miedo, pero sintiendo un miedo igual por los patriotas que habían gobernado y animado la Francia durante el Terror, hacía el *justo-medio* (1). Viendo el desenfreno de los periódicos, estaba lleno de inquietud y recordaba las pasiones estalladas en Francia durante el gobierno revolucionario. Ninguno de los miembros del Directorio tenía bastante genio político para ver que estas pasiones que tanto les asustaban dormían todavía y que eran necesarios, para despertarlas, hechos palpables y no vanos razonamientos de los periódicos. Parecía que, en tanto los hombres nacidos en el régimen de la censura, fuesen de este mun-

(1) Expresión, oscura quizás hacia 1850; especie de gobierno que emprende la dirección de una nación con ayuda de la clase media y sin pasiones de los ciudadanos; ó más bien con ayuda de las bajas pasiones y de la envidia de ganar dinero, de esta clase media. El *justo-medio* del Directorio se separaba con un cuidado igual de las gentes de talento y de las almas generosas de los dos partidos realista y republicano. El Directorio no se inclinaba más que á las gentes para quienes los buenos sueldos son la primera de las razones políticas, á los tímidos cuyo miedo es su sola pasión y á los fabricantes y negociantes que solo piden al gobierno que sea justo, ilustrado, honrado, pero que les asegure, con su despotismo y con acompañamiento de Spielberg ó de Siberia, una tranquilidad de diez años durante los cuales pudiesen hacer fortuna.

do, entraría en el destino de los gobiernos de Francia tener un miedo exagerado á la prensa y dar gran importancia á las pullas que les dirigía con destreza cuando se sentía ofendida.

El Directorio, asustado, pidió á los dos consejos leyes sobre el abuso de la prensa. Clamóse contra ello, pretendióse que, aproximándose las elecciones, aquél quería reprimir la libertad en ellas; rehusarónse las leyes que solicitaba y acordarónse solamente dos disposiciones: la una relativa á la represión de la calumnia privada y la otra á los vendedores de periódicos, que, en la calle, en lugar de anunciarlos por su título, lo hacían por frases salientes cuya brutal energía recordaba, algunas veces, las del *Padre Duchesne* y amedrentaba al Directorio.

Por ejemplo, vendíase un folleto gritando por las calles: «Devolvednos los miriágramos y marcháos si no podeis hacer la dicha del pueblo» (1). Es necesario tener presente que los sueldos de los Directores se indicaban filosóficamente por el valor de un cierto número de medidas de trigo, ó miriágramos.

El Directorio hubiera deseado la publicación de un periódico oficial. Los Quinientos consintieron en ello, pero los Ancianos se opusieron.

La célebre ley de 3 de Brumario, puesta á discusión por segunda vez en Vendimiario, conservóse después de una borrascosa discusión. El lado derecho quería que se revocase la disposición que excluía á los parientes de los emigrados de los cargos públicos, la cual era precisamente la que los republicanos querían conservar. Después de un tercer ataque, los republicanos obtuvieron ventaja y decidióse la continuación de este artículo. No se hizo más que un solo cambio en esta ley. Excluía de la amnistía general concedida á los delitos revolucionarios los relacionados con el 13 de Vendimiario. Este acontecimiento, al cual otros de naturaleza análoga debían suceder tan á

menudo, era ya demasiado lejano, para no ser amnistiados los individuos que podían estar complicados en él y que por otra parte, estaban impunes de hecho. La amnistía aplicóse á los delitos de Vendimiario al igual que á todos los demás hechos puramente revolucionarios.

Se ve que el Directorio y aquellos que querían la República, con la constitución del año III, procuraban conservar una mayoría en los consejos á pesar de los gritos de algunos patriotas locamente arrebatados y del número de individuos vendidos á la contra-revolución.

La oligarquía de Viena habíase conternado por la noticia de la batalla de Arcole, llegada inmediatamente después de muy bellas esperanzas. Pero el miedo dió á estos buenos alemanes una actividad no natural en ellos. La inmensa mayoría creía que los franceses arrastraban consigo, por todas partes, la guillotina, y la llegada de los republicanos á Viena parecía el peor de los males, hasta á la pequeña burguesía, tan oprimida en aquel país por la nobleza. El pueblo entero decidió tentar una nueva lucha é hizo inauditos esfuerzos para reforzar el ejército de Alvinzi (1).

La guarnición de Viena salió para el Tirol, y el Emperador ordenó un nuevo alistamiento entre los bravos húngaros (esclavos descontentos de la casa de Austria).

Los vieneses, que apreciaban mucho á su emperador Francisco, organizaron cuatro mil voluntarios, y se vió más tarde á mil ocho cientos de estas gentes

(1) La conducta militar del gobierno austriaco fué sublime, desde Mayo de 1796 hasta Lesben, 18 Abril 1797. Sin tener las pasiones que inflamaban á los franceses de 1793 y 1794, la actividad de este gobierno fué parecida á la del gobierno republicano. Pero ¿á quién se debía esta actividad, al viejo barón de Thugut ó al consejero áulico? Se ignora justo castigo á los gobiernos enemigos del pensamiento y de la publicidad. Lo poco que dejaban imprimir pasa como una mentira y así permanecen ignoradas sus bellas acciones. *Carent quia vate sacro.*

inexpertas *hacerse matar en su puesto*, cosa de la cual se ha hablado muy á menudo en otras partes, pero que ejecutaron estos buenos alemanes. Ellos lo habían prometido á la Emperatriz cuando les entregó las banderas bordadas de sus propias manos.

El consejo áulico ó M. de Thugut, había sacado del ejército del Rin á algunos miles de hombres escogidos de entre las mejores tropas de Austria. Por esta actividad, verdaderamente notable en el seno de una vieja oligarquía (doscientas familias reinaban entonces en Viena), el ejército de Alvinzi había sido reforzado con veinte mil hombres y ascendido por tanto á más de sesenta mil combatientes. Este ejército, descansado y reorganizado, no contaba más que con un corto número de soldados nuevos.

Inspiraba serias aprehensiones al general Bonaparte, pero tenía otra clase de inquietudes. En París, los nobles, los sacerdotes, los emigrados y todos los que deseaban la humillación de nuestras armas, anunciaban que el general se moría de una enfermedad desconocida, versión á la cual no faltaba certeza, pues que no podía montar á caballo sin un supremo esfuerzo, al que seguía un completo abatimiento. Sus amigos creyeronle envenenado; él mismo tuvo esta idea, pero, como no había remedio alguno, continuó en su puesto, pensando poco en su salud. Esta gran alma recordó el *Decet imperatorem stantem mori* (un general en jefe debe morir en pié).

Después de haber empeorado, hacia el tiempo de Arcole, mejoró durante la corta campaña de Leoben, y el reposo de Montebello le restituyó las fuerzas. Más tarde estuvo peor todavía y no fué hasta algunos años después que M. Corvizart (uno de los primeros médicos del siglo y el hombre menos cortésano y más enemigo de los hipócritas) logró conocer y curar en seguida la enfermedad de Napoleón.

Ante Tolón, viendo Bonaparte una batería cuyo

fuego acababa de cesar, corrió hacia ella, no encontrando á nadie. Todos los artilleros habían sido muertos por las balas inglesas. Napoleón cargó por sí solo una pieza, tomó el escobón y aperebióse de que el artillero que tenía á su uso aquel instrumento, que se hallaba á su frente, tenía sarna, de la que pronto Napoleón estuvo cubierto. Naturalmente, limpio hasta el extremo, curó en seguida, lo que fué un mal; hubiera sido necesario dar el correspondiente curso á la enfermedad. El virus, no expulsado por completo, localizóse en el estómago. Vivaqueando cerca un pantano en Mantua, vióse atacado por la fiebre y hallóse pronto en un estado de completa extenuación, que desesperaba al ejército y alegraba á los realistas.

Fué durante este estado, que en la época de una de sus últimas batallas, tres de los caballos montados por él murieron de fatiga. Sus huecas y lívidas mejillas contribuían aún al efecto mezquino de su pequeña talla. Los emigrados decían hablando de él: «está tan pálido que causa placer» y se brindaba por su próxima muerte.

Solamente sus ojos, de mirada fija y penetrante, descubrían al gran hombre. Su mirada había cautivado al ejército, que le había dispensado su aspecto mezquino y le quería sobremanera. Es necesario recordar que el ejército estaba compuesto de jóvenes meridionales, fáciles de apasionar. Comparaban á menudo á su *pequeño cabo* al soberbio Murat, y la preferencia era para el hombre tan flaco, ya en posesión de una gloria tan grande. Después de Arcole, las fuerzas físicas del joven general parecían extinguirse; pero la fuerza de su alma le prestaba una energía que asombraba más cada día y vamos á ver lo que pudo hacer en Rivoli.